

## Fausto, escritor del *Pierre Menard*

Jesús Alberto Amaya

**Jesús Alberto Amaya** es profesor de literatura española e hispanoamericana en La Universidad de Tejas de El Valle del Río Grande en la ciudad de Brownsville, Tejas. Sus intereses son el estudio de la literatura de tradición hispanista y de herencia grecorromana. Sus áreas de estudio son el *Quijote*, la literatura fantástica, la crítica y teoría literaria y la filosofía. Su creación literaria se enfoca en relatos cortos y ha sido publicado en varias revistas literarias.

**Short Story Abstract:** Se cuenta la historia de Fausto, un gran e inteligente ingeniero pero que es ajeno al estudio de las letras. Un día, Fausto llega a leer el *Quijote* solo para revelar ciertos aspectos extraños, concluye que no puede más que recoger el guante y afrontarlos. Su amigo intenta ayudarlo en su dilema y nos damos cuenta de cómo Fausto empieza a sospechar de elementos literarios y de la escritura, no solo en la obra de Cervantes, sino en otras obras literarias y en varios campos académicos. Con estas revelaciones, nuestro protagonista pretende salvar lo que es el *Quijote*.

El hecho de vivir con discordias predecía desde antes; astutamente, llegó a sospechar de una inter-dimensionalidad que se gestionaba en las provincias de sí mismo. Su padre, Vincenzo Coppola fue un inmigrante siciliano dedicado al arte de la relojería; su madre, Mary McAllister vino a ser la hija de una ola inmigratoria irlandesa. Bastaría con decir que el simple hecho de haber un contraste céltico-romántico había llegado a ser objeto de la frivolidad. En los tiempos de Fausto el afán de la sinrazón había cansado exageradamente y los idealismos de utopías del siglo pasado –cuyo padrino ha sido Heidegger– seguían produciendo cadáveres. Desde 1945, el mundo occidental se había quedado con un vacío; empezó a celebrarse el nietzschismo y entraron corrientes de absurdismo y existencialismo al psique como ríos de llanto. Esto dio paso a que los intelectuales francófonos catapultasen la ambigüedad moral, el escepticismo, el relativismo y el deconstruccionismo. Fausto nunca había sido hombre de letras, su padre siempre dijo que el hombre de letras suele ser peor que el hombre de armas. Mantengamos en mente lo que han venido a llegar a manifestar los ávidos lectores en la Historia. De hecho, si no me falla la memoria, han habido debates acerca de cuál originó primero: si la barbarie o las letras. Cualquiera que hubiese sido el caso, el primero ha de haber engendrado al otro, eso sí lo comparto.

Fausto tenía como oficio a la ingeniería, había algo en esa práctica que le daba una sensación de equilibrio. Nunca habría por qué temer al crear y construir los pisos y las salas de auditorios, hoteles, museos y bancos. Era un trabajador astuto para sus años; sabía cómo ganarse a la gente con sus valores, educación y trabajo; supongo que internalizaba sus destrezas a estructurar edificios en sí mismo. No había llegado a ser de aquéllos que recurrían a elementos de la astrología para justificar carencias; afrontaba sus fallos de frente como suyos, no echaba culpas a enlaces planetarios. Su

madre siempre había sido una gran mujer y una muy buena madre, ella compartía las ideas de su esposo sobre los hombres de letras. Sin embargo, siempre habló de una excepción: el *Quijote* de Miguel de Cervantes. Y fue en una conferencia llevada a cabo en Tejas donde leyó la Primera y Segunda parte. Su madre, sigilosamente, le había puesto un ejemplar conmemorativo de la RAE en su valija sin que nadie se hubiese dado cuenta. Esa conferencia solo había durado tres días, pero el destino prolongó su estancia a una semana entera. Algo de leer el *Quijote* en Tejas le agradaba de una forma peculiar, no quiso tomar un vuelo hasta terminar la novela. Supuse que gustaba del romanticismo tanto hacia al caballero andante en el *Quijote* como hacia al vaquero de Tejas en las películas del Viejo Oeste. Durante esos días, le aconteció algo a Fausto.

Primero, lo primero. La esquematización polifónica en cuanto a la autoría en la Primera parte. Inicialmente, Fausto creyó en el primer narrador del *Quijote*, quien narra los capítulos I al VIII, solo para interrumpirse todo por no tener en sus manos el resto de las aventuras de don Quijote; después, en el capítulo IX, un segundo narrador interviene y se convierte en un personaje de la misma novela. Aumentándole al caos, este segundo narrador –convertido en personaje– camina por el mercado de Toledo y halla un cartapacio lleno de documentos escritos en árabe. Este personaje, interesado, consigue el cartapacio y pide a un morisco aljamiado, que conocía tanto la lengua de los cristianos como la musulmana, a que tradujese los textos al español por vía de pago. Increíblemente, ese segundo narrador-personaje se da cuenta que esos textos son la continuación de la historia de don Quijote a partir del capítulo IX y habían sido escritos originalmente por un historiador árabe conocido como Cide Hamete Benengeli. A parte de unos pequeños detalles, el segundo narrador reanuda la historia y el clímax en el

cual nos había dejado el primer narrador en el capítulo VIII. Fausto detectó que habían muchas voces que han metido mano en la creación de los acontecimientos de la novela. ¿Quién es el árabe Benengeli y cómo podría saber Fausto si los acontecimientos eran tal cuáles; ¿o cómo iba a saber si el morisco llegó a cambiar cosas o detalles que a él no le hubiesen parecido o no creía que fuesen de mucha importancia, siempre se pierde algo en las traducciones. ¿Y cómo se llegaría a saber si lo que cuenta este segundo narrador es lo traducido por el morisco? Todo eso se le aconteció sólo en la Primera parte del *Quijote*.

Ya, por fin, llegamos a donde todo estalló: era entre los capítulos II y III de la Segunda parte del *Quijote* cuando de repente alucinó. Fausto, de alguna manera —la verdad no sé cómo— había lidiado con los varios autores del *Quijote*. Pero la incorporación de un tal bachiller Sansón Carrasco en los capítulos II y III lo llevó al punto de quiebra. Entre esos dos capítulos, este bachiller Sansón Carrasco deja saber tanto a don Quijote y a Sancho como a nosotros mismos sobre un texto en circulación que relata las aventuras de don Quijote y Sancho. Es interesante cómo la novela nos coloca en el mismo plano de recepción que personajes de ficción. Fausto alucinó con esta revelación; ¿cómo puede ser que en la misma novela esté el libro que nosotros en la vida real tenemos en mano? Sansón Carrasco dice que ese libro es la Primera parte, la leída por todos y, desde luego, por Fausto. Es imposible que un texto de literatura equivalga lo mismo para nosotros —dimensional u operatoriamente, qué sé yo— que para los personajes de esa misma historia. ¿Cómo puede habitar una novela de don Quijote y Sancho dentro de la novela que en sí está contando sus aventuras? Y todos, por su puesto, sabemos que el componente de la literatura es la ficción. ¿Hay una ficción dentro de otra ficción, que en sí aparece en la vida real? Entonces podrían llegar a cancelarse a sí mismas, como en la matemática, ¿o que resulta de esta inter-dimensionalidad? Se me viene a la mente una frase que leí: “tales inversiones sugieren que si los caracteres de una ficción pueden ser lectores o espectadores, nosotros, sus lectores o espectadores, podemos ser ficticios”. Fausto, a ese punto de complejidad literaria, no supo qué hacer sobre esta quinta o sexta dimensión que le había introducido la Segunda parte del *Quijote* por vía de Sansón Carrasco. Hasta ese punto, él había tenido una idea de blanco y negro hacia la novela: el racionalismo manifestado por Sancho y el idealismo representado por don Quijote. No fue hasta esta incorporación que Fausto acepta la posibilidad de lo fantástico sin saber cosa alguna acerca de la literatura fantástica. Para él, lo dicho por Sansón Carrasco era algo que no podía ser, pero lo era, inexplicablemente. Yo, por igual, he perdido algunas horas de sueño con este tema. Llegué a analizar la posibilidad de que la gente en la historia del *Quijote* podría estar viéndose las caras con don Quijote y Sancho física y realísticamente, sabiendo plenamente que los han leído en una novela de ficción. Sobre esto, Fausto me contó que se le habían cruzado los cables o que había atravesado por una especie de derrame. Yo, por supuesto, pensé en el gran episodio “El retablo de Maese Pedro” y cómo don Quijote pierde los papeles por

completo y enloquece como un animal endemoniado por ver amenazadas sus creaciones idealistas por simplemente ser espectador durante la obra titiritera del retablo.

Estos asuntos han dado pistas a cerca del juego narrativo y las distintas dimensiones de realidad entrelazadas en la novela; invita a cuestionarnos si había sido obra del segundo narrador, que amigo nunca lo he considerado. Él pudo haber estado contando la historia de don Quijote a su manera, editada a cómo él ha querido que Fausto la interprete. El pobre Fausto llegó a razonar que estaba llevándose a cabo un rechazo a la libertad interpretativa. Me había contado su gran inquietud de que el narrador no quería que él interpretase la novela, los personajes, sus relaciones y los acontecimientos a su manera. En definitiva, el segundo narrador negaba la posibilidad de enmarcar pensamientos propios hacia la novela. Me llegó a decir sobre una sospecha: el narrador era un cínico y un tramposo de lo peor, pero por igual, de lo más astuto; pone trampas durante toda la novela y edita, a cómo él ha querido, los acontecimientos traducidos al español por el traductor sin posibilidad alguna de generar otra interpretación. Me había dicho que el segundo narrador disimula a la perfección las trampas en la novela; así, no sospechas manipulación alguna de tu lectura del *Quijote*. Toda esta preocupación con la lectura daba la impresión de que Fausto no iba a poder hacer la novela suya. Al saber eso, yo recordé —por la obiedad o por casualidad— en el *Pierre Menard* de Jorge Luis Borges de 1939. Este cuento había sido, a memoria mía, el único cuento hispánico en tratar el dilema crecidamente inquietante para Fausto. Lo volví a leer y noté unas cuantas cosas que me dieron razón para mandarle una copia del *Pierre Menard* a Fausto. Es de recalcar el enlace de textos, el *Quijote* de Cervantes y el *Pierre Menard* de Borges. ¡Qué mejor tradición del hispanismo sino la ironía! Es como si Borges hubiese ido al futuro en una máquina de tiempo, leyó a Hans-Robert Jauss y a Roland Barthes, y volvió a 1938.

Al leer el *Pierre Menard*, Fausto descubrió no un argumento, sino el argumento que iniciaría lo que muchos consideran “la hermenéutica a la francesa”. Había una especie de anti-autoría; estaba ante la presencia del rechazo hacia la figura originadora y creadora del texto, en nuestro caso —horriblemente— la relevancia y existencia propia de Miguel de Cervantes. Al parecer, en el *Pierre Menard*, se percibe a la lectura como concepto equivalente a la escritura, o como muchos preferirían, a la creación y formación del texto mismo, a pesar de no haber contribuido en nada para su gestión literaria, artística o lingüística. Lo que él vino a descubrir en el *Pierre Menard*, de cuyo nombre sí quiero acordarme de haber sido “Pierre Menard, autor del *Quijote*”, es la faena legendaria a la cual uno se enfrenta para hacer “suyo” al *Quijote*. Pero, por ejemplo, Fausto llegó a preguntarse a sí mismo el porqué de convertir algo como el *Quijote* en su propiedad intelectual. Exclamó:

—¿¡Qué méritos he hecho yo como para merecerme la insolencia de meterle mano o de robarle a una obra de gran esplendor como maestra!?

Fausto, como todos nosotros que hemos leído la obra cervantina, era un lector más simple y sencillamente. Posterior a estas preguntas nunca más apropiadas, él me envió extracciones del *Pierre Menard*, de las cuales ofreceré la primera:

*El texto de Cervantes y el de Menard son verbalmente idénticos, pero el segundo es casi infinitamente más rico (Más ambiguo, dirán sus detractores; pero la ambigüedad es una riqueza).*

Lo que él me había llegado a transmitir con esta extracción es claramente el espejo de la Filosofía Continental y lo que descubrió ser la palabrería o el oscurantismo que tanto llegó a dominar alguien como Derrida. Y, en estilo de broma, dijo haberle recordado el escándalo de la revista académica *Social Text* en los 90s. Yo, francamente hablando, he preguntado a las paredes, que en ocasiones no ha habido más, sobre la ambigüedad que tanto refleja la tradición Continental de la filosofía. En su momento, llegué a pensar que era una forma de lavarse las manos, como Poncio Pilato. Quien escribe y es buscador de oraciones, argumentos o aforismos ambiguos intenta auto-salvarse de cualquier interpretación por más absurda que sea. Al basar sus argumentos en interpretaciones múltiples y practicar una especie de “todo vale”, entonces cualquiera que surja de los textos –y especialmente si es opuesta a las suyas– los escritores continentales aludirían a la convicción de lo “complejo” y “ambiguo” que es el texto, rechazándola, en silencio, por no concordar con lo suyo. He escuchado varias veces lo siguiente: “Has errado por lo difícil que es el libro”, “Es que no lo has entendido” o “Es complicadísimo el lenguaje”. Esto nunca lo he escuchado pasar con lectores de Frege, Russell, A. J. Ayer, G. E. Moore, vaya, hasta Wittgenstein en algunos casos. Pero solo son cosas que he notado de lejos; mis conocimientos son algo frívolos y tengo un ajenamiento con los expertos. Tampoco, no recuerdo si ha sido Habermas o Marcuse quien dijo que la filosofía necesita ser compleja y ambigua, que carezca y se aleje de la claridad absoluta. Es como si estuviésemos hablando de trucos de magia; son filósofos no escritores de literatura o poesía. Introduje esta idea en una de nuestras conversaciones; y al conversarla, habíamos llegado a la conclusión que los filósofos Continentales hacen énfasis a la interpretación de lector porque temen la deficiencia en sus textos, entonces se lo dejan todo al lector. Así, no asumen responsabilidad alguna de sus escritos porque el texto “ya no sería del autor, sino del lector”. Para ellos, sería de una facilidad decir que el texto es malo porque “*tu lectura fue mala*”. Se permiten tal práctica porque –al cabo– ha muerto el autor. Fausto me habló de su desconfiar sobre la ambigüedad desmedida; si hay una exageración en lo ambiguo y de lo complejo en el lenguaje, algo habría de estar escondiéndose, o peor aún, alguien deliberadamente podría estar escondiendo algo. Deseaba adquirir una respuesta de por qué se considera el *Quijote*, leído y “reconstruido” por ese tal Pierre Menard, *más rico* a pesar de ser una copia letra por letra. Supongo que allí es donde entra lo Barthesiano o el Jaussismo a

los cuales había aludido con anterioridad. Fausto me dio a entender de la vasta inocencia de Pierre Menard por no haber detectado la picardía y astucia narratológica del segundo narrador del *Quijote*, suponiendo que las aventuras narradas en la novela eran obra de Cervantes. Pero la ficción y la ficción narratológica construida, pero tan sigilosamente por Miguel de Cervantes –a quien por igual había rechazado por completo– le había traicionado.

Un día, Fausto quiso dar inicio a un experimento, visto por unos cuántos como una cortesía. Recuerdo haberme dejado saber de su intento de darle una interpretación suya, subjetiva, al *Pierre Menard* de Borges. Pensó en aplicarle una lectura al texto –que según argumenta ese mismo texto– iría apegada con la divinidad que es la autoría. Le dio una segunda lectura al *Pierre Menard*, alejada, por supuesto, de la crítica; su fin, ahora, era de hacer suyo al texto. En aquella ocasión acabó por tener una interpretación anti-barthesiana. La verdad, no estoy a disposición de dar mi cuenta del resultado de dicha faena por Fausto; a pesar de contar con un historial periférico a las letras, la locura y el trastorno literario no era algo que buscaba en cada hojeada. Me recuerda a mi primera vez en ser tiranizado por el lenguaje en *Finnegan’s Wake*. Lo que sí puedo comentar es que sintió cierta angustia y me había contado la presencia de un oxímoron: su interpretación anti-barthesiana traiciona al mismo cuento que argumenta la validez del *cualquier* interpretación. ¿Qué sucede cuando un texto que alude claramente a lo barthesiano acaba con ser subjetivamente interpretado de forma anti-barthesiana? Con tales asuntos, uno no puede más que rendirse a esto; sin embargo, él se había dedicado –comprometido más que nada– a la tarea de estabilizar la lectura, de confrontar esa vía libre que daba un poder empañado. Negaba la posibilidad de haber un caos en las letras y menos al involucrar el *Quijote*. Después, inmediatamente de hecho, me dejó saber el disgusto de haber adquirido “su versión” del *Pierre Menard* ya que tal intervención literaria justificaba el argumento del texto, a pesar de haber “reconstruido” al *Pierre Menard* con su autoría anti-barthesiana. Intentó olvidar dicha paradoja a pesar de haber persistido fervorosamente. Por igual, también, empezaba a notarle a esa paradoja un anhelo a dispensar con el mundo de las letras. El hecho de que existía este contraste específico en el *Pierre Menard* le ponía en un estado de perplejo. Pero consiguió girar, nuevamente, su atención al *Quijote*. Por un momento, pudo desahogarse.

A pesar de tener su mente apegada al *Quijote*, persistía la tendencia de seguir experimentando; el aura del *Pierre Menard* le invitaba a leerla sin reconocer, aunque sea ligeramente, a Cervantes. Fausto dijo que en ese momento pensó en su intento de hacer suyo al *Quijote*. De intentarlo. Al haber escuchado dicha obra, me dije a mí mismo lo repugnante que sería verse las caras con Cervantes, el primer narrador, Cide Hamete Benengeli, el traductor y el segundo narrador, e intentar robarles la autoría de tan grandiosa historia. Supuse que tardaría unos meses con este tipo de lectura que tanto ha promovido el *Pierre Menard* de Borges. Pero, llegué a darme cuenta

de que solo había leído hasta el capítulo X de la Primera parte. No pudo. Acabó con decirme sobre la desesperación en intentar hacer la novela a su imagen y moldearla con su lectura, sus experiencias y su lenguaje. Me contó que ese tipo de lectura no cuela; el *Quijote* muere y cesa de ser *El Quijote* si intentas arrebatar la ingeniería narrativa. No se puede. Si lo hubiese hecho *suyo* como se intentó en el *Pierre Menard*, ya no sería el gran ingeniero de la literatura universal. No olvidemos cómo Pierre Menard se vio forzado a “excluir del prólogo autobiográfico de la Segunda parte de *Don Quijote*. Incluir ese prólogo hubiera sido crear otro personaje –Cervantes– pero también hubiera significado presentar el *Quijote* en función de ese personaje y no de Menard”. Tendría manchas y huellas de manos no-cervantinas, y el *Quijote* no puede ser nada más que cervantino. No hace mucho había recibido una carta por parte de Fausto indicando la gran necesidad que requiere el *Quijote* verdadero: el primer narrador anónimo, el segundo narrador personaje, el cronista árabe y el traductor morisco. No hay obra sin la ruptura narrativa que tanto llegó a reflejar al barroco. Reflexionó sobre el intento de eliminar al segundo-narrador, cuyos pasatiempos son de estar mintiéndonos y editando audazmente los acontecimientos. Aquí cito de la carta que recibí de su parte: “...pero, amigo, la obra entonces ya no es el *Quijote*, el cervantino, el que en 1605 le había dado al mundo el futuro de las letras”. Insistía en su tarea de restaurar el concepto de la lectura y la escritura, me había dejado saber que esta labor se había convertido en algo de una profunda necesidad. He aquí el segundo de los fragmentos extraídos del *Pierre Menard*:

*Desgraciadamente, sólo un segundo Pierre Menard, invirtiendo el trabajo del anterior, podría exhumar y resucitar esas Troyas...*

Llegó a la conclusión de poder ser este “segundo Pierre Menard” quien debía invertir el trabajo del anterior. Le persistía el disparate; no le dejaba tranquilo la paradoja que surgió tras su interpretación anti-barthesiana del *Pierre Menard*. Supe que hubo noches donde no dormía por haber estado pensando en ello. La verdad, no sé a detalle cómo vino a lidiar con dicha inquietud. Pero cuando volví a saber de él, Fausto ya se había montado la tarea de escribir otro *Pierre Menard*, apartado a lo sugerido en el de Borges. Honestamente, me ponen muy nervioso estas cosas. No soy de andar reescribiendo textos del pasado, no sé qué pueda resultar. Yo prefiero conservar un texto, de cuyos argumentos pueda que no comparta, a degradarlo con mi autoría. Pero estamos hablando de Fausto y no de mí, carezco de su ambición. Hay razones para recordar esta faena; me dejó saber la suma importancia de no caer es los mecanismos del *Pierre Menard*. Lo primordial fue manifestar la ausencia de “reconstruir” el texto mientras se lee. Él quiso escribir. Había decidido alejarse de lo que se había llegado a hacer con el *Quijote*, implicando una hipótesis alarmante: ser otra persona, y no Cervantes, con experiencias incongruentes al siglo XVI o XVII, cambia la obra, supuestamente; que el significado de textos literarios depende totalmente de con-

textos histórico-sociales. Fausto me llegó a prometer de convertirse en el salvador de la escritura y autoría cervantina en el *Quijote*, de resucitar la imagen de Miguel de Cervantes y devolverle lo que desde siempre le ha pertenecido. Transcurrieron alrededor de dos meses para que Fausto escribiese este nuevo *Pierre Menard*. Un mediodía, llegué a tener en mis manos su manuscrito, y ofreceré unas oraciones, de las cuales uno puede admitirse en ser reveladoras y, seguramente, inesperadas:

*No nos equivoquemos. Si se pudiese escribir otro Quijote, una copia, ajuste, modernización o, quizás, una aberración, el lenguaje sería el mismo; las palabras, las oraciones y expresiones...las mismas. No podría escribirse otra cosa que no sea lo escrito por Miguel de Cervantes. Sería de una gran imposibilidad intentarlo. Lo que siempre se ha leído en las páginas –manipuladas, ficcionalmente, por el segundo narrador– es de una amplitud que rompe toda barrera espaciotemporal y/o cualquier imposición histórica-cultural-lingüística. Es la expresión literaria de la más alta calidad. Lo fue en 1605 y lo ha sido en todos los rincones del mundo hasta ahora. La autoría de Cervantes en el Quijote es universal, se impone a las subjetividades de cualquier tipo. Es decir, el Quijote es todos los subjetivismos de todos; para la raza –y la Razón– humana, lo narrado por el segundo narrador es subjetivo para todos en este planeta.*

– Fausto Coppola, 2016

Así, acaba su *Pierre Menard*. Es demoledor pensar que la subjetividad humana, en otras palabras, la subjetividad de la razón humana, como especie consciente de sí misma, es el *Quijote* de Cervantes. Son palabras mayores, pero, por alguna razón no dejan de gustarme. Sería de gran error descartar lo que ha llegado a escribir el ingeniero Fausto.

Siempre se me ha hecho extraña una cosa. Que una tercera extracción del *Pierre Menard* de Borges haya tenido que sufrir la espera de haberse mandado hasta después de que Fausto hubiese escrito su obra. Ya que pudo llevar a cabo su labor, su gran faena de restaurarle la autoría a Miguel de Cervantes, imaginé que el envío de extracciones hubiese terminado. Esta tercera e inesperada extracción tenía el propósito de sanar las cicatrices provenientes de una Europa entristecida. He leído varias veces la extracción; unos días creo haberla descifrado, pero en otros siento que solo me lleva a la ignorancia. A pesar de que el *Pierre Menard* de Fausto se ha escrito, expresaré esta oración del *Pierre Menard* original que él mandó:

*La verdad histórica, para él, no es lo que sucedió; es lo que juzgamos que sucedió.*

Con esto, uno no puede más que pensar en las verdades que se in-

ventan unos a sí mismos. Yo, por mi parte, no he pecado de dicha blasfemia, pero me consta ver otros juzgarse sucesos fuera del dominio de la realidad. Y posterior a unas pocas risas en la soledad se me vino a la mente la septicemia que sufrió Jorge Luis Borges tras un grave accidente a la cabeza. De hecho, es el *Pierre Menard* el primer texto que recuerda Borges en haber escrito tras sufrir de varias alucinaciones, insomnios, irrealidades, confusiones mentales, delirios, etcétera, por su enfermedad. Bástenos leer "El sur" para más detalle. Nunca he sido apto para pensar en locuras, pero veo muy extraño que toda la literatura, la lectura, la filosofía, las letras, la teoría y crítica literaria, prácticamente todas las humanidades, han juzgado una versión de la verdad. Si en "El sur" se enaltece la incertidumbre de que si Juan Dahlmann llegó a viajar al Sur o si solo había muerto en el sanatorio, ¿por qué no sospechar que la escritura, publicación, existencia y consecuencia del *Pierre Menard* de Borges ha formado parte de una verdad histórica juzgada por alguien o algo? Yo he llegado a ponderar si hemos estado viviendo en una verdad, no solo juzgada por Borges, sino juzgada por el *Pierre Menard* de Borges. Esto, a mí parecer, explicaría más de unas cuantas cosas. Ahora, ya sé el afán, el grandísimo fervor y motivo del segundo narrador del *Quijote* de Cervantes; la razón por la cual este narrador no dejaba a

que tuvieses tu versión de las aventuras de don Quijote y Sancho, sino las de él. Era la increíble anticipación de siglos del segundo narrador hacia la posibilidad de que ocurriese todo lo que significaría publicar y expandir al mundo de las letras y la filosofía el *Pierre Menard* de Borges. El segundo narrador del *Quijote* quería tomar la delantera y pelear cuando llegase el momento la teoría de Roland Barthes, el lector de Jauss, la hermenéutica literaria, a Husserl, Heidegger, Gadamer, los franceses; y sin olvidar, por supuesto, a su gran antagonista futuro: el idealismo alemán y sus discípulos. El segundo narrador tuvo como objetivo contrarrestar la posibilidad de que floreciese la autoría interpretativa porque se generarían interpretaciones que no serían cervantinas, quijotescas, sino otras fuera de la novela y de lo literario. El segundo narrador no quiso que la crítica, ni las instituciones, ni el lector robara al *Quijote* de las manos de Cervantes. Fausto, al escribir su *Pierre Menard*, llegó a cumplir esa meta tan anhelada por el segundo narrador desde 1605.

He llegado a ser gran admirador de los títulos. El cuento de Borges sostiene a su personaje *Pierre Menard* como el "autor del *Quijote*". Sin embargo, con este nuevo *Pierre Menard*, Fausto llegó a convertirse no solo en su autor, sino en algo totalmente diferente, grandioso y admirable. Fue su escritor.